

ÍNDICE

Agradecimientos	9
I. Todo final ha de tener un principio.....	11
1.....	13
2.....	19
3.....	25
4.....	31
5.....	39
II. Nada que llegue del pasado debería venir a importunarnos.....	47
6.....	49
7.....	55
8.....	61
9.....	71
10.....	79
III. Las equivocaciones no son más que un peldaño del aprendizaje de nuestras vidas. No tenemos que tener miedo, ni renunciar a ellas	85
11.....	87
12.....	99
13.....	107
14.....	115
15.....	125
16.....	133
IV. Quien permanentemente va buscando respuestas, se olvida fácilmente de las preguntas, porque se aleja de la realidad verdadera de nuestra existencia.....	151
17.....	153

18.....	169
19.....	177
20.....	187
 V. En los proyectos individuales de vida, no hay personas que vencen, ni personas que fracasan. Existen seres que luchan por conseguir sus sueños y otros que renuncian a ellos por comodidad o por miedo a frustrarse. Nadie puede convertirse en el palo de su propia rueda y luego lamentarse.....	195
21.....	197
22.....	209
23.....	219
24.....	229
 VI. Hemos de intentar vivir cada instante de la vida con la intensidad que se merece y con conciencia de ello, porque justamente ese instante es el único que cuenta en nuestra existencia. Lo demás, es pasado irrecuperable o futuro que aún tenemos que construir	237
25.....	239
26.....	249
27.....	255
 VII. No podemos esperar de los demás aquello que no son capaces de hacer, porque entonces nos sentiremos decepcionados. Y el origen del desengaño nacerá de nuestra propia incompetencia, por no aceptar a nuestros semejantes tal y como son	267
28.....	269
29.....	279
30.....	289
31.....	299
 VIII. Todo principio ha de tener su final.....	311
32.....	313
33.....	321
34.....	333
35.....	347

AGRADECIMIENTOS

Nada de lo que somos no sería posible sin la ayuda de los demás.

Quiero agradecer a Jordi García-Petit su meticulosidad sincera en cada una de sus aportaciones, así como sus reflexiones objetivas que me han ayudado a equilibrar el balance de las emociones de la novela.

A Asun Robles, por su amabilidad, y por haberme abierto las puertas de la cotidianidad de León.

A Javier Pérez Senz, por dejarme prestadas unas cuantas de sus palabras.

A Víctor Batallé, por las horas compartidas a lo largo de una vida bañada de intensas emociones y complicidades.

A Cecilia Domínguez, por ayudarme en la tarea oscura para que cada punto y aparte tenga su particular relevancia.

A Carles Duarte, por acompañarme en los meandros de la existencia y ofrecerme su generosidad inequívoca.

A Joana Soto, por creer en este proyecto y por compartir la ilusión de hacerlo realidad.

Y a todos los seres anónimos, o no, que configuran mi universo particular sin el cual yo noaría quién soy.

A veces, a lo largo de la vida, nos surgen sentimientos y vivencias incomprensibles. Quedan sostenidos en el aire como una pregunta, hasta que pasados muchos años el tiempo benévolamente nos ofrece la oportunidad de obtener una respuesta. Es entonces cuando todo encaja como en un puzzle y el alma se sosiega. Con la sencillez de la llave que abre la cerradura correcta. Y en un solo momento, hasta cierto punto mágico, logramos entender el complicado entramado de toda nuestra existencia.

La primera vez que Agapito Moure vio a Violeta de Castro, se enamoró de ella para siempre. Y no fueron sus delicados dedos, que se enroscaban distraídamente a través del cabello dibujando tirabuzones de oro, lo que le cautivó. Ni el vestido azul marino, que su madre le había comprado la tarde anterior en la mejor tienda de la ciudad, y que era imposible que a nadie más le pudiera quedar tan bien ajustado. Ni siquiera el porte celestial con el cual se desplazaba la muchacha por el porche de su casa. Que más que pisar el suelo parecía que la sostuvieran una centuria de ángeles. Lo que dejó patidifuso a Agapito no fue nada de todo eso. Aquello que sedujo al muchacho fue la mirada de la joven. En sus ojos se veían reflejadas todas las sonrisas del mundo. Fue un amor a primera vista.

Aquella tarde de finales de verano Agapito salió de casa malhumorado. Su madre le había encargado ir a comprar leche a la vaquería que quedaba a las afueras de la ciudad. Y no existía una cosa que le molestara más en el mundo que tener que desplazarse hasta ese barrio embarrado. Una especie de frontera entre el gris y el verde. A esas horas irrespirables el

cielo amenazaba lluvia y la posibilidad de quedarse empapado le irritaba sobre manera. Le molestaba mojarse por culpa de un encargo de su madre. Y más, teniendo en cuenta que aquella misma tarde había quedado con sus amigos para ir a cazar ranas. El río Bernesga, cuando sus aguas mansas se retiraban en los meses calurosos de estío, construía diferentes lagunas donde los batracios se reproducían a su antojo. Al fin y al cabo, una cosa era pillar una pulmonía por mérito propio y otra muy distinta acatarrarse por cuenta ajena.

El verano representaba un paréntesis en medio del traquear tedioso de deberes, lecciones, exámenes y castigos, que configuraban los largos meses escolares. Sus padres, comerciantes de lana, se empeñaban en que estudiara porque creían que el negocio no tenía futuro. Él, por el contrario, entendía que toda la sabiduría necesaria para triunfar en la vida estaba concentrada en la mágica habilidad para acertar con el tirachinas la cabeza de una paloma a cinco metros de distancia. Antonio, su amigo del alma, era capaz de eso y de mucho más. ¡Leche! Además, ¡tenía que comprar leche! ¡Ese líquido blanco del cual no soportaba ni el olor! Cada mañana tenía que deglutir un barril entero camuflado con las magdalenas horneadas por su madre. Y si eso no fuera poco, también tenía que comer la crema amarillenta que flotaba en la superficie de la leche después de hervir durante varios minutos. Suerte tenía que Caín, su perro fiel, al primer despiste de su progenitora le ayudaba a hacer desaparecer el desayuno. La mujer se esmeraba en que sus hijos comieran bien para evitar que contrajeran la tuberculosis. Una enfermedad que ella llevaba grabada en la memoria y en sus pulmones.

Agapito volvía de la vaquería malhumorado. Más que caminar, trotaba por la calle. Con un pie chutaba un canto rodado y con la mano hacía girar la lechera como si se tratara de una noria. Le divertía ver cómo el líquido blanco, alojado dentro de la lechera, no se caía a pesar de ponerse boca abajo. Él creía que se trataba de una energía especial que poseía. Un poder sobrehumano. Aún no había oído hablar de la fuerza centrífuga. Y si la piedra que lanzaba con el pie no hubiese ido a parar justo a la verja de la casa de Violeta, tal vez nunca la hubiera

visto. Pero el destino quiso que ella, al oír el estruendo de la pedrada, levantara la mirada y él, como atraído por un imán, se quedara inmóvil, hipnotizado por aquellos ojos. Nunca pudo recordar si pasaron segundos, minutos u horas. Pero, cuando por fin se liberó del embrujo, el mirar de la muchacha lo dejó enfermizo para el resto de su vida.

Regresó por las calles bulliciosas con el semblante taciturno y el pensamiento inmerso en aquel ser extraordinario. Inevitablemente, su mente repasaba todas las mujeres que recordaba y ninguna tenía nada parecido. Sin ir más lejos, sus hermanas eran como dos brujas dispuestas en cualquier momento a fastidiarlo. Y por mucho que comparara, no encontraba en su universo particular ninguna semejanza con otro ser del sexo opuesto. Hasta aquella tarde, las niñas no eran nada más que una molestia que, en el mejor de los casos, soportaba con resignación cristiana. Y las mujeres adultas, una entidad compleja imposible de descifrar. Solo su madre, un ser cargado de ternura y paciencia, representaba para él un aliado próximo.

Agapito llegó a casa tiritando. Justo en el momento de cerrar la puerta el estruendo enorme de un trueno anticipó los goterones que inmediatamente se estrellarían sobre las ventanas. Un tamborileo inesperado llenó la casa. Y de improviso, el relámpago. Quizá fue la efigie parada del joven en medio del salón, como un fantasma al acecho, lo que asustó a Candelaria. La madre del muchacho no podía imaginarse que la imagen pálida recortada en medio del resplandor efímero fuese la de su hijo. Y gritó. Más que de miedo, de sorpresa. Porque hacía ya mucho tiempo que los espíritus habían decidido marcharse de vacaciones y no merodeaban por la casa.

El chillido de la madre asustó al chico. Impensadamente, dejó caer la lechera y detrás de ella se precipitó él. En el suelo del comedor, un cuerpo estirado y lívido, compartía espacio con la mancha blanca que lentamente se extendía empapando la alfombra y los pantalones roídos del joven. Caín, que había entrado en la casa para refugiarse de la tormenta, lamía la leche con los ojos cerrados.

Candelaria corrió al lado de su hijo. Le pasó la mano por la frente y comprobó que estaba empapada de sudor. Lo lla-

maba una y otra vez pero el muchacho no reaccionaba. Estaba sola y desesperada. Ya había perdido un hijo a causa de una peritonitis desleal y la pena, extraviada en su alma, encontraba siempre el camino de vuelta para torturarla. Cualquier madre que haya perdido a un hijo se siente injustamente culpable por ello. A Candelaria, el minuto escaso que tardó Agapito en abrir los ojos, le parecieron siglos. Más tranquila, lo ayudó a levantarse y poco a poco, apoyados el uno en el otro, fueron hasta la cocina. Una vez sentado en el banco la mujer inició el interrogatorio. ¿Qué te pasa? ¿Qué te duele? ¿Te mareas? ¿Tienes ganas de devolver?

No obtuvo respuesta alguna. El rostro desencajado del hijo reflejaba una actitud ausente, extraviada. Mientras la madre continuaba hablando, con la intención de que su hijo no se distrajese y se volviese a desmayar, le preparó una infusión energizante. Una receta heredada de generación en generación, muy útil para los casos desesperados. Después de bebérsela de un trago el muchacho se puso rojo como un tizón y los ojos parecían salirse de sus órbitas. La madre respiró tranquila. La pócima había hecho su efecto.

Recobradas las fuerzas, Agapito fue hasta su habitación como un alma en pena. Se desnudó y se metió en la cama. Inmóvil, esperó a que llegase Don Matías, el médico de la familia. Después de un reconocimiento exhaustivo el doctor dictaminó que el muchacho padecía un corte de digestión. Descanso, dieta y un jarabe. No necesitaba nada más para reponerse. En dos días estaría como nuevo. El mundo de la ciencia es escéptico por naturaleza y solo cree en aquello que puede demostrar. Precisamente por eso le cuesta enormemente diagnosticar las enfermedades del alma.

Agapito se pasó una semana entre las sábanas. Intentaba comprender la naturaleza de su apatía. Nunca antes había padecido una debilidad como aquella que surgía del centro de su ingenuidad. A pesar de los cuidados de su madre y de los guisos excelentes que le ofrecía, no conseguía recuperar las fuerzas. Sus amigos lo habían ido a visitar varias veces para animarlo y hasta sus hermanas, en un gesto sin precedentes, se preocupaban por él. Incluso Caín, que siempre iba libre

por los senderos que le marcaba su olfato, no se movía de la habitación. Pero nada parecía ser suficiente para curar su rara enfermedad.

Cuando llevaba siete días postrado en la cama Manuel, que así se llamaba su padre, entró en el dormitorio. Era un ser de pocas palabras. Miró el cuerpo de su primogénito protegido bajo la colcha y se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa hijo mío? —preguntó Manuel con la mejor disposición que encontró esa mañana destemplada.

El muchacho sentía un respeto profundo por su progenitor. Era un hombre tranquilo que dejaba hablar a todo el mundo y al final solía expresar su opinión en una sola frase capaz de dejar satisfechos a todos. Agapito sabía que no tenía escapatoria y que debía responder. A medida que el silencio se alargaba, su inquietud crecía exponencialmente.

—Padre —acertó finalmente a responder—, el mirar de una muchacha me tiene cautivo.

—Bueno —contestó él sonriendo—, eso son cosas que suceden a menudo. Ve y dale un beso a esa joven. Entonces, una de dos. O te curarás de inmediato, o seguirás enamorado para el resto de tu vida.

A la mañana siguiente, sin tener muy claro cómo debía hacerlo, el muchacho se levantó de la cama dispuesto a cumplir el consejo de su padre.